

## OPINIÓN



EL MIRADOR

JAVIER  
FDEZ. RUBIO

## La feria de los seductores

QUÉ HACER cuando se ha perdido el crédito? ¿Qué cuando, se haga lo que se haga, se diga lo que se diga, se prometa lo que se prometa, la única respuesta sea el escepticismo y la infidelidad? ¿Cómo competir ante un rival que acude virgen de corruptelas al campo de batalla y que, sabedor él de sus propias limitaciones, fia más de las debilidades de otros que de sus propios méritos, aún por conocer? En otras palabras, ¿cómo seducir a quien ya no cree en seductores, es decir, el electorado?

Tal vez comprándolo.

Cuando el prestigio falla solo cabe el recurso a la codicia, al interés material. Esto los saben bien las organizaciones de los partidos, de todos sin excepción, y a ello se dedican con denuedo estas semanas.

Al electorado se lo compra o se lo engaña, pero en materia de engaños el peor de todos es aquel que padece quien sabe que va a ser engañado, y aun así pica. Al electorado se lo compra, se lo encandila. Lo único que varía es el precio. Descartado queda el sector de ciudadanos críticos, ya que esos nunca darán el voto o lo fiarán caro, lo mejor es no contar con ellos y si se abstienen, miel sobre hojuelas. Hay otra parte que se contenta con poco. En el fondo sabe que no hay mucho que esperar y, aunque sea cada cuatro años, lo poco es bien recibido. Son aquellos que reivindican bolardos y aceras más anchas. Pero su voto vale lo mismo que el de Demóstenes.

Los hay también que se dejan seducir por

«Sé que no te gusto, pero conmigo estarás más tranquilo, tendrás un banco en el parque y pagarás menos impuestos»

los cheques. Hasta hace no mucho hubo una ordalía de cheques-bebé y bonificaciones casi siempre encauzadas hacia los *pluriembarazamientos*. Ahora vuelven por Navidad encubiertos. En este camino del *empastamiento* de la acción política, hay que ir metiendo ducciones fiscales, bonificaciones mil y el poder adquisitivo de las pensiones, colectivo que se cuenta por millones (y del que viven ahora otros tantos millones).

Pero falta la bomba atómica, la madre argumental: el empleo. Aunque se llame de otra manera, todo empleo es ya efímero, pero uno piensa si no sería más conveniente dedicar a apuntalar el mercado laboral todos los millones que se van a gastar para que ayuntamientos, gobiernos y ministerios contraten seis meses a decenas de miles de personas y luego devolverlos al paro.

Subliminalmente, este es el mensaje: «Sé que no te gusto, pero conmigo estarás más tranquilo, tendrás trabajo, un banco en el parque y pagarás menos impuestos». Todo ello aderezado con miles de datos para vender gestión o denostarla, artimañas de gabinetes de comunicación y estrategia.

Comprar, tentar, asustar, noquear, deformar es lo que ahora toca.

EL MUNDO  
CANTABRIA  
PRENSA Y MEDIOS DE CANTABRIA

DIRECTOR  
FÉLIX VILLALBA ARMENGOD  
SUBDIRECTOR  
JAVIER FERNÁNDEZ RUBIO

PRESIDENTE EDITOR  
MIGUEL MACHO OSETE  
GERENTE  
JAVIER MARURI

JEFA DE EDICIÓN  
GEMA PONCE GAÑÁN  
DIRECTOR COMERCIAL  
JUAN VIGUERA

**TRIBUNA | SOCIEDAD** El autor, aprovecha el regreso a los hogares de miles de españoles por Navidad, para lamentar el éxodo de jóvenes preparados y la insensibilidad de los políticos ante esta situación

## Ellos vuelven por Navidad

JOSÉ QUINTANAL DÍAZ

**TODOS** los años, los míos vuelven por Navidad. Ahora es mi hija, pero antaño fueron mis tíos o primos. Siempre venían por estas fechas, que es cuando nos juntábamos toda la familia. Es algo ritual, entrañable, que no deja de tener su encanto, poder juntarnos en esas fechas. En todas las casas existe alguno que está fuera: un hijo, unos padres, los abuelos... el que más o el que menos, todos tenemos alguien. Si no, los amigos. A veces, nosotros mismos volvemos por Navidad, como el turrón. Y quizás sea de lo bueno que tengan estas fiestas: su capacidad de convocatoria, juntarnos a todos y facilitar encuentros que de otro modo llegarían a resultar imposibles.

Está muy bien, pero no siempre es necesario. El año pasado, tuvimos ocasión de ver cómo una ministra calificaba de *movilidad exterior* la ingente cantidad de jóvenes que hemos ido exportando, poco a poco. Prácticamente sin darnos cuenta. Ella tampoco. Lo cierto es que se nos ha ido, casi, casi, una generación. Echen ustedes la cuenta. Los contamos por miles y en el reparto a cada familia nos toca alguno; alguno, que siempre se le echa en falta, por aquello del cariño.

No es bueno, no. No hagamos como esos políticos que están empeñados en maquillar una realidad que ni les gusta y saben que a nosotros tampoco. Ellos, los jóvenes, en algunos casos están hasta contentos de su éxodo. Pero desde luego, nosotros que sufrimos y guardamos su ausencia, no. Ni mucho menos. Porque hemos invertido mucho, mucho en su formación. Y no hablo de dinero, que también. La inversión la hemos hecho en ilusión, entrega, compañía, cariño, ilusión... toda mi paternidad ha estado hipotecada por el logro de una titulación universitaria que... no sé siquiera si va a resultar real. Porque veo que a muchos de mis vecinos, esas mismas ilusiones, las de sus hijos, acabaron devengadas tras un mostrador expidiendo sandwiches y bebidas azucaradas. Yo, desde luego, no quiero pasar por el mismo trance.

Me molestaría enormemente. Sólo el cariño de padre es capaz de soportarlo, pero me enerva tremendamente ver cómo a algunos de esos insensibles bien-posicionados, les trae al paio este problema. Eso sí que no. Por ahí no paso.

De igual modo, he de reconocer que me resulta penoso ver estos días, cómo las estaciones y los aeropuertos se copan de personas que ansiosos e impacientes, esperan la llegada de alguno de estos jóvenes, miembros de su familia. Seres queridos, cercanos. La inquietud de la llegada, se refleja en sus miradas. Más tarde, cuando se anuncia ésta y la muchachada empieza a desfilar por la puerta: una amplia colección de caritas, expectantes por ver si estaba esperándoles quien ellos deseaban. Generalmente, así suele ser. Lo mismo que a este otro lado lo único que queda es también esperar. Esperar a que vuelvan. Esperar a que

estos días sean entrañables de verdad. Esperar temerosos a que llegue el día del regreso, para volver a empezar con la misma retahíla: esperar a que se integren, esperar a que encuentren trabajo, esperar a que la vida les depare un sinfín de sorpresas, alguna gratificante de verdad, esperar a que aprendan un idioma cuyo dominio también tiene que esperar, esperar, esperar, esperar...

Y como todos los años, a nosotros, nos toca de nuevo desfilar por el andén, poner cara de circunstancia y volver a esperar que la Navidad nos regale la gracia de pasar estos días con ellos. Así que por favor, señora ministra, señores adláteres, políticos y voceros al uso, aunque sólo sea por respeto a nuestra soledad, no disfracen los hechos, porque la realidad es ésa. Si ustedes resultan incapaces de ofrecernos otra realidad, al menos no se muestren insensibles. Porque, si nuestros hijos disfrutaban su estancia en el extranjero es más mérito de ellos, que no suyo; pues ustedes no supieron actuar con la debida visión y evitar unas circunstancias socioeconómicas que les ha abocado en una masiva emigración. Si ustedes tuvieran razón, España estaría plagada de jóvenes ingleses, alemanes, nórdicos, americanos, austriacos o japoneses, hinchándose a visitar museos, emborrachándose de flamenco y arte, cautivándose con su correspondiente movilidad exterior. Eso, por mucho que les pese, no es así. Ni de lejos. La juventud es básicamente estudio o trabajo. Pero en desigual reparto, porque mientras los nuestros se aferran al primero para posponer el segundo, los de más lejos disfrutando del primero, dejan para los nuestros el gozoso papel de ser mano de obra sobradamente formada y barata. Así que luego sucede lo que sucede, que la muchachada, allende los Pirineos, para sus estudios, no elige nuestras universidades; por mucho que ustedes las *tinten* de excelencia, ellos todavía prefieren las suyas. Y con el trabajo sucede tres cuartos de lo mismo, pues las empresas en las que trabajan o quieren trabajar, por ser punteras en tecnología o innovación, tristemente hay que reconocer que no se ubican en nuestras capitales de provincia, sino en las propias de sus estados origi-



EL MUNDO

narios. Allá es donde les mandamos los más preciados valores que hemos engendrado, con la no siempre reconocida esperanza de que los sepan valorar.

Pero eso sí, aún nos queda la Navidad. Y su compañía, porque les tendremos aquí con nosotros. Podremos hacerlos un poco más nuestros. Y ellos se dejarán hacer. Sabemos que en Navidad, si se vuelve a casa, es porque en ella es donde se encuentra el verdadero calor, calor de hogar. Ese, que allá por enero, en el nuevo año, cuando repueblen los andenes, llevarán cariño, un montón de cariño, impregnado en sus maletas y henchirá sus mochilas. Todo el calor que estos días ha emanado del regazo de los suyos. De todos. ¿Sabes por qué? Porque venían a por él. Así van, orgullosos y gozosos de sentirse por encima de todo, nuestros. Feliz Navidad a todos.